

tación que él podía contemplar desde la ventana y que parecían mirarlo sonriendo con esa sonrisa sarcástica de las calaveras, que tal vez se creyera que se están burlando de la humanidad que al verlas suspira.

Un estremecimiento de horror que circuló por el cuerpo de Gil Gómez, denunció desde luego al joven todavía cándido, que conserva la superstición religiosa de los primeros años de la vida.

De codos sobre la mesa, apoyada su frente en una de sus manos, con la vista fija en un libro abierto, y sentado en una amplia butaca también de madera de cedro con asiento y respaldo de cuero amarillo, había un anciano que leía á los tenues resplandores de una lámpara que alumbraba escasamente el resto de la habitación.

Aquella frente surcada con las huellas que dejan el estudio y la meditación, aquella cabeza cuyos cabellos habían ido arrancando poco á poco las vigiliás, é inclinada hacia el pecho, aquella fisonomía tan pensadora, denotaban desde luego una juventud pasada en la reflexión, en la observación de las ciencias naturales, les, ciencia de la humanidad que envejece á los hombres en pocos años; pero que en medio de esa vejez les imprime un sello de juventud por decirlo así, y de vida, vejez que nunca es ridícula, vejez que des-

pierta en el corazón de la juventud un noble respeto.

Este anciano era en efecto un médico, que después de haber ejercido largos años su noble profesión en algunas ciudades de Europa y de la Nueva España, había venido hacia pocos años, fatigado del bullicio de la sociedad á vivir con el producto de su trabajo de treinta años, en el rincón de esta aldea oculta y apartada del mundo, con su hija, fruto de su pasión con una joven inglesa, que hacia diez y ocho años había desposado en su país por gratitud y que había muerto al pisar las abrasadas costas del Golfo de México; con su hija, hermosa niña, que sólo diez y siete veces había visto cubrirse de verdes hojas los árboles, inocente, pura y amorosa como las palomas de los bosques en que habitaba, tierna y sencilla como la primera sonrisa de un niño.

El Doctor había dividido su tiempo entre la educación de su hija, sus estudios y el recurso á los desgraciados y á los pobres enfermos que desde diez leguas á la redonda, le llamaban bendiciéndole, su padre querido, su Providencia, el amparo de los desvalidos.

Si en aquel momento el Doctor hubiese levantado la cabeza, del libro en que atentamente leía, hubiera observado en la ventana frente á él, pegada á los barro-

tes; una cabeza que le observaba con cuidado.

—¡ Bueno! dijo para sí Gil Gómez. ¡ Bueno! el Doctor estudia en su gabinete y la señorita Clemencia toca el piano en su habitación. ¡ Bueno! Como ese maldito perro "Leal" se encuentre ya en los corredores de adentro, la cosa marcha á las mil maravillas. Veamos.

Y con la misma precaución con que lo hemos visto llegar á la ventana de la derecha, Gil Gómez se deslizó, siguiendo la dirección semicircular que limitaban los bosquecillos, hasta la ventana del lado opuesto, y antes de observar lo que pasaba en el interior de la habitación, se quedó un momento de pie.

Tocaba el piano, pero desde luego se conocía que la persona que con tanta dulzura despertaba á las dormidas brisas de la noche, no era por cierto una aldeana y comprendía perfectamente el sublime espiritualismo de la música.

El piano preludiaba la música de una melancólica balada inglesa ya antigua en aquella época; pero impregnada de triste poesía y dulce misticismo.

Después una voz argentina, pura, vibradora como las notas menores de un clavicordio, es decir, con una vibración medio apagada, se mezcló á las dulces entonaciones del piano y recitó en inglés las estrofas de la balada.

Eran las palabras que una joven dirigía al amado de su corazón en el momento en que éste parte á lejanas tierras para buscar fortuna y gloria en la guerra: cada una acababa con ese: "Farewell, forget me not," de los ingleses, con que tanto quieren decir y que no tiene traducción en ningún idioma.

Aquella voz dulcísima que cantaba en un idioma extranjero las estrofas moduladas en la música, música de los puritanos, estrofas que expresaban sentimientos acaso en acuerdo con los que ahora dominaban el corazón de la cantora; aquella voz oída en el rincón más oculto de una ignorada aldea del Nuevo Mundo; aquella joven hermosa, hija de un anciano médico, inglesa por nacimiento y por sentimiento, mexicana por educación y por idioma; aquella noche tan tibia de septiembre, aquella brisa cargada de aromas y de armonías, hubieron de hacer una impresión tan profunda en el corazón de Gil Gómez que se quedó extasiado con las pupilas fijas y los labios entreabiertos, con el oído atento por la emoción, como queriendo aspirar los perfumes, como queriendo escuchar las melodías de aquella brisa que hasta él llegaba.

—¡ Oh! dijo con visible emoción; ¡ cuán hermosa es ella, y él qué dichoso! pero, Gil Gómez.—3

¿cuán desgraciados van á ser ambos dentro de poco!

Y al decir estas palabras, la cabeza volviendo á recobrar su imperio sobre el corazón, el joven se acercó á la ventana y con la misma mirada particular con que la hemos visto recorrer el gabinete del médico, registró violentamente el interior de la estancia.

La misma sencillez en los muebles colocados con ese orden que revela la tranquilidad, el bienestar de la vida de provincia; pero ese perfume, esas delicadezas, esos detalles que sólo en el gabinete de una joven hermosa y aristócrata se encuentran: el lecho de metal sencillo; pero con un pabellón blanquísimo de musulmana con lados encarnados; el tocador de madera de cedro barnizada; pero cubierto de esas chucherías primorosas, arsenal desde donde las mujeres se preparan al combate de corazones; la mesa sencilla y modesta; pero adornada con un jarrón de nívea porcelana cubierto de flores; el pavimento de madera, pero sin que un ojo indiscreto pudiese encontrar ningún objeto que alterase su tersura; flores en todas partes, flores en el tocador, flores en la mesa, flores en la ventana y por último una joven de diez y siete años, blanca como una inglesa, pálida como una estatua de mármol, con una frente despejada como un cielo de verano, con unos

ojos de ese azul obscuro particular que dejan transparentar las niñas y que lanzan una mirada prolongada, adormecedora, silenciosa; con una nariz recta y fina, casi trasparente hacia las extremidades; con una boca pequeña como la de un niño, que nunca se entreabre para dejar caer un sarcasmo ó un chiste, que sólo parece formada para exhalar plegarias ó palabras de amor; unos cabellos suaves de color castaño obscuro, bajando á los lados de la frente, cubriendo unas orejas pequeñas y finas y anudándose hacia atrás para formar ese sencillo peinado de las inglesas; un óvalo de cara, un tipo peculiar, un cuello, una estatura alta y sencilla á la vez, modesta y aristocrática como la más hermosa de las mujeres de la Biblia, "Ruth la espigadora," y luego esa joven que entona un cantar místico y armonioso como todos los de los Puritanos y una joven huérfana que en su semblante está revelando la pureza de sus sentimientos, la inocencia, la pasión, la poesía de su aislamiento.

Todo esto contempló Gil Gómez en un momento; pero también contempló muy á su pesar un enorme perro, que con la cabeza entre las piernas vuelta hacia su ama, dormitaba ó aparentaba dormir.

El joven se hizo atrás tan violentamente para no ser visto por el perro, que produjo un ligero ruido en la ventana.

El animal volvió la cabeza hacia ella y gruñó sordamente; pero aquel ruido había sido tan ligero, tan semejante al que produciría una hoja seca al desprenderse del árbol, que volvió indolentemente la cabeza á su primera posición.

—¡Maldito animal!, murmuró Gil Gómez, si no se quita de ese lugar todo se echó á perder y no puedo cumplir fielmente el encargo de Fernando. Además, va haciéndose ya muy tarde y van á extrañar mi presencia en el curato.

Entonces se entabló una lucha entre el animal y el hombre, lucha de astucia, en la que éste último debía quedar indudablemente vencido.

Gil Gómez, protegido por el sonido del piano, volvió á avanzar con precaución la cabeza conteniendo hasta la respiración. Pero esta vez sea que el perro hubiese sentido al joven ó que lo hubiese visto, se separó de su sitio y se acercó á la ventana, ladrando estrepitosamente.

—“Leal;” quieto, aquí, dijo la joven con su misma voz de música que ya hemos escuchado y con su acento ligeramente extranjero; pero tan ligero como el que se puede recibir de la costumbre de hablar su idioma primitivo los tres primeros años de su vida para no volver á hablar más. “Leal” lanzó otros tres ó cuatro ladridos, que se perdieron por la

vasta extensión de los silenciosos campos.

—“Leal,” aquí, volvió á repetir la joven.

El animal, no viendo moverse ni una hoja en el campo que podían abarcar sus ojos, lanzó un último ladrido y se volvió refunfuñando descontento á su sitio, pero con la cara vuelta á la ventana.

La joven seguía cantando sin sospechar la vigilancia de que era objeto.

Gil Gómez consideró que un perro de la especie de “Leal,” no sería muy fácil de ablandar y que al verle en la ventana, armaría un escándalo capaz de alarmar al Doctor y á los demás criados de la casa; el bosquecillo en que tan violentamente se ocultó durante la presencia de “Leal” en la ventana, pudo sólo evitarlo.

Así es que resolvió alejarlo de aquel sitio, para lo cual se internó en el bosquecillo que se confundía con el costado izquierdo de la casa hacia el cual daban tres ventanas de las piezas interiores de ella y produjo un ruido en una de las vidrieras, ruido que nadie más que el animal percibió, pues se lanzó ladrando fuertemente al interior de la casa.

Fué tan violenta la acción del perro, que la joven dejó de cantar y se paró del piano, diciendo de nuevo:

—Vamos, “Leal,” aquí.

Pero después oyendo que los ladridos

del animal se iban alejando hacia el fondo de la casa, volvió al piano murmurando:

—Qué sé yo qué tiene “Leal” esta noche.

Gil Gómez después de haber llamado la atención del perro á otra parte, alejándolo por un momento, se deslizó por el bosquecillo, ligero como el pensamiento, hasta volver á la ventana, á cuya vidriera dió tres golpecitos tímidos y discretos.

—¿Quién llama? dijo la joven ligeramente asustada.

—Yo, señorita Clemencia, yo soy, dijo Gil Gómez, procurando dar á su voz un tono de confianza y seguridad para tranquilizar á la joven.

—¡Ah! ¿es usted, señor Gil Gómez?, dijo ésta acercándose á la ventana.

—Sí, señorita, respondió Gil Gómez sacando precipitadamente un papel y poniéndolo en manos de la joven; yo que traigo este encargo de Fernando.

A esta acción y á este nombre, la joven se estremeció de alegría y se ruborizó de sorpresa, tomando el papel que le entregaban.

Gil Gómez iba tal vez á continuar hablando; pero los ladridos del perro se escuchaban cercanos y sólo pudo decir precipitadamente.

—Buenas noches, señorita Clemencia.

—Adiós, señor Gil Gómez, mil gracias, dijo ésta con su misma dulcísima y argentina voz.

Después se aproximó á la bujía colocada encima del piano y leyó trémula de emoción las siguientes palabras:

“Clemencia:

“Mañana debo partir; hoy, como ya acaso sabrás por el Doctor, que ha hablado con mi padre, ha llegado el despacho y la orden del señor virrey Venegas.

“Tenemos muchas cosas que decirnos por la última vez.

“Si me amas, espérame esta noche al dar las doce, junto á la puertecilla del jardín, que da á los campos donde podremos hablar libremente, porque esta noche no debe ir mi padre á visitar al Doctor.

“¡Ah! ¡por qué triste motivo nos juntamos!

“Adiós.

FERNANDO.”

—¡Ah! crueles, ingratos, quieren separarnos, nos van á arrancar el uno del otro, dijo Clemencia dejándose caer de codos sobre el piano y ocultando su cabeza entre las manos para sollozar.

Cuando “Leal” se acercó á la ventana de la habitación, sólo pudo oír el rumor de los pasos de Gil Gómez que se alejaba corriendo.

Esta vez, la primera de su vida, "Leal" había sido burlado, completamente burlado en sus barbas, y cerca de media hora permaneció en la ventana, llorando fuertemente por intervalos, confundiendo sus lamentos con los de los demás perros de San Roque, sin ser notado por su joven ama, que con la cara oculta entre sus manos continuaba sollozando dolorosamente.



CAPITULO II

DOS MORTALES FORMANDO UN ANGEL.

¿Qué amores misteriosos eran esos, que así se alimentaban en el rincón de esa aldea solitaria?

¡Cuánta poesía debía haber en el amor de esta pobre niña huérfana, aislada con sus pensamientos purísimos y romancescos, lejos de su país natal y del contacto envenenado de la sociedad, entregada á su inspiración, sin que la venalidad, ni el interés hubiesen encontrado un eco en su inocente corazón!

¡Pobre ave de blancas plumas! ¡ave huérfana! ¡ave sola! ¡ave extranjera! que vas atravesando el espacio con raudos y se-